

San Luis María Grignon de Montfort Un apóstol según el Evangelio

El 28 de abril de este año se cumplieron los 300 años de la muerte de San Luis María Grignon de Montfort, uno de esos santos que Dios envía de vez en cuando a su Iglesia para despertar a los fieles de la torpeza e indolencia en que se ve sumida su vida cristiana, y cuya santidad presenta, por lo mismo, una apariencia de extravagancia o de locura. Sin embargo, no deja San Luis María de ser un Santo bien apropiado para nuestro tiempo. Que el retrato de su persona, aunque sea en sus líneas generales, nos sirva de ayuda y estímulo para una vida cristiana más cabal y generosa.

1º Algunas noticias biográficas sobre San Luis María.

San Luis María Grignon de Montfort nace en la aldea de este nombre, Montfort-la-Cane, situada en Bretaña, el 31 de febrero de 1673, hijo primogénito de una familia que llegará a contar 18 hijos. Casi toda la vida de nuestro héroe transcurre, pues, bajo el reinado de Luis XIV, el Rey Sol, y bajo la mentalidad propia de esa época, en que casi todo el mundo es creyente, pero la vida y las costumbres cristianas se encuentran sumamente relajadas.

A la edad de 12 años Luis María comienza sus estudios en la cercana ciudad de Rennes, en el colegio de los Padres Jesuitas, que ejercerán una profunda influencia en su vida. Allí mismo realiza sus estudios de filosofía, y comienza su teología, que, por motivos providenciales, concluirá más tarde en el Seminario de San Sulpicio, en París.

Luis María se ordena de sacerdote en junio de 1700. Su celo apostólico, ya crecido, lo lleva a desear ser misionero en Canadá, en las Indias o en Japón. Pero, por consejo de su director espiritual, elige dedicarse a la evangelización de los pobres del campo, y a la predicación de la devoción a la Santísima Virgen a los pecadores, cosa que también le atrae fuertemente.

Comienza, pues, en Nantes su carrera de misionero; pero, como en la comunidad en que lo admiten se sigue una doctrina inficionada por los principios jansenistas, y la disciplina es muy relajada, se pone en contacto con el obispo de Poitiers, que le permite asistir a los pobres del hospital general de la ciudad, donde permanece por intervalos hasta 1705, dedicándose al mismo tiempo a la predicación de misiones en Poitiers y sus entornos, con un éxito maravilloso.

La actividad del celoso misionero no podía dejar de despertar oposiciones y enemistades, tanto de parte de sacerdotes inficionados de jansenismo, como de parte de rencillas nacidas entre los pobres atendidos por el Santo. Por ese motivo, lo denuncian reiteradamente al obispo de Poitiers. Luis María debe entonces dejar Poitiers, y decide en 1706 ir a pie a Roma para pedirle consignas al Vicario de Cristo. El Papa Clemente XI recibe muy paternamente al joven sacerdote, y le confía la misión de ejercer su celo como «*misionero apostólico*», no en países lejanos, sino en Francia.

De 1706 a 1708 se asocia al trabajo misionero de Dom Leuduger, en Bretaña propiamente dicha, predicando misiones en Rennes, Dinan, Saint-Brieuc, y en su ciudad natal. De 1711 a 1715 predica en la futura Vendée militar, en La Rochelle, Luçon y alrededores. Su celo por las almas le hace hallar tiempo entre sus misiones para numerosos retiros y predicaciones aisladas. En el verano de 1714 viaja a Normandía con miras a la fundación de su congregación masculina, la Compañía de María. Durante el trayecto predica sus últimas misiones en la actual Vendée, y va en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Saumur, a fin de pedir sacerdotes para su Compañía.

En abril de 1716, estando ya en Saint-Laurent-sur-Sèvre, contrae una grave pleuresía, de la que moriría algunos días más tarde, el 28 de ese mismo mes, como sólo saben morir los santos. Momentos antes de su muerte, para alentar y edificar a los fieles que rodeaban su lecho de dolor, recoge sus últimas fuerzas y compone un alegre cántico sobre el cielo.

Su sepultura, al día siguiente de su muerte, fue un verdadero triunfo, asistiendo a ella diez mil personas, entre las cuales se contaban centenares de sacerdotes. Su cuerpo fue depositado ante el altar de la Santísima Virgen, y su tumba se convirtió enseguida en un lugar de peregrinación, donde se otorgaban favores insignes y numerosos, llegando algunos a ser verdaderos milagros.

2º Características de la santidad de San Luis María.

¿Qué fue lo característico de la santidad de Luis María de Montfort, lo que, al mismo tiempo que le suscitaba por todas partes malévolas oposiciones y violentas contradicciones, le ganaba la veneración de las masas, y el afecto profundo de la gente recta y realmente cristiana? Sencillamente, es su deseo de *vivir, contra viento y marea, el Evangelio integral, el Evangelio al pie de la letra*, sin atenuaciones ni miramientos.

*Por eso, juntamente con Cristo, **condena, desprecia y combate el «mundo»**, su espíritu, su sabiduría, sus vanidades, sus usos y sus máximas; y por eso también se ve siempre combatido, detestado y perseguido por el mundo mundano.*

*Por eso es **pobre, y ama la pobreza y a los pobres**; no en teoría y de palabra, sino prácticamente y con los hechos. Ya a los 20 años, al despedirse de su familia, hace el voto de no poseer nada en propiedad y de vivir siempre de la Providencia, mendigando siempre el albergue y el alimento. En sus misiones elige invariablemente la habitación más miserable e incómoda del lugar. Se ve habitualmente rodeado, como el mismo Cristo, de toda una tropa de indigentes. En sus comidas tiene invariable-*

mente a un pobre consigo, al que deja la mejor parte, le da de beber en su mismo vaso, y le sirve con sus propias manos.

*Por eso, según el ejemplo de Cristo, se hace **obediente hasta el escrúpulo**, busca la obediencia y se aferra a sus superiores. Su obediencia es ciega, admirable, realmente heroica, aun cuando lo traten de la manera más dura e injusta.*

*Tan grande como su obediencia fue **su humildad**. Se consideraba sinceramente como el mayor pecador del mundo. Recibía de rodillas las humillaciones, no sólo cuando la autoridad le dirigía reproches inmerecidos, sino también cuando la gente grosera le insultaba o lo golpeaba estúpidamente, pidiendo a todos perdón por el escándalo y pesar que podía haberles causado.*

*Luis María de Montfort fue forzosamente un **alma de oración**. El inmenso y aplastante trabajo que realizaba no perjudicó en lo más mínimo su sed de oración. Se lo podía ver arrodillado delante del Santísimo, o ante una imagen de la Santísima Virgen, o en su miserable celda, a donde a veces había que ir a buscarlo para algún ejercicio, descubriéndolo entonces elevado de tierra, en plena contemplación, y habiendo perdido toda noción de tiempo y de lugar.*

*Sobre todo, Luis María de Montfort practicó en un grado heroico el precepto preferido del Maestro, el de **la caridad**. Nada le costaba cuando se trataba de proveer a las necesidades espirituales o materiales de los hombres, sus hermanos. Para ayudarlos, no dudó en arriesgar su vida, interponiéndose por ejemplo en una riña sangrienta entre soldados, o llevando socorro a las víctimas de una grave inundación en Nantes.*

3º San Luis María y la devoción a la Virgen.

No se puede silenciar el papel que en esta santidad tan peculiar tuvo la Santísima Virgen María, de la que San Luis María aparece como el gran apóstol, y providencial promotor y propagador, en los tiempos modernos.

Puesto que San Luis María quiere vivir el Evangelio al pie de la letra, la devoción a la Virgen que él predica está basada en el más puro Evangelio; lo cual le da una consistencia y solidez que la hacen valedera para todos los tiempos.

***¿Por qué conocer, amar y servir a María?** Porque así lo han hecho las tres divinas personas, y, siendo Dios inmutable, no es de creer que cambien de conducta. Lo mismo que han hecho por María, esto es, la encarnación de la divina Sabiduría, lo seguirán haciendo por María. Dios Padre quiere que Ella sea la Madre del cuerpo místico de su Hijo; el Espíritu Santo quiere ejercer por Ella su fecundidad, formando a Jesús en las almas.*

***¿Por qué conocer, amar y servir a María?** Porque así lo ha hecho Jesucristo, la Sabiduría encarnada, dando más gloria a su Padre por la sumisión a María en los treinta años de su vida oculta, que si hubiese empezado entonces los milagros y la predicación de su vida pública. No se puede tener a Jesucristo por hermano, ni a Dios por Padre, si no se tiene a María por Madre.*

***¿Cómo amar y servir a María?** Siguiendo el ejemplo que de ello nos ha dejado nuestro divino Maestro, ejemplificado en la historia de Jacob y Rebeca, a saber: haciéndonos hijos de María, amándola filial y tiernamente, recurriendo a Ella en cada*

instante, viviendo en intimidad con Ella, sirviéndola desinteresadamente, entregándonos abandonadamente en sus manos.

¿Para qué amar y servir a María? Para darnos más perfectamente por Ella a Jesús, la Sabiduría encarnada, empleando para ir a Jesús el mismo camino que Jesús tomó para venir a nosotros; y para instaurar el reino de la Santísima Virgen, verdadera preparación al reino de Jesucristo. Es una anticipación profética del mensaje de Fátima: el triunfo del Corazón de María prepara el triunfo final del Corazón de Jesús.

A modo de conclusión...

Para hacerse una idea de la personalidad de San Luis María, una comparación viene espontáneamente a la mente, y es la comparación con el profeta Elías del Antiguo Testamento. No hay imagen que mejor le encaje.

1º Al igual que Elías, fue San Luis María una personalidad paradójica, que desconcertaba y atraía a la vez. Desconcertaba por su temperamento fuerte, ardiente y aun violento, por su vida de pobreza tan absoluta, y por la práctica de una mortificación tan por encima de nuestras fuerzas; mas atraía por su corazón lleno de caridad y bondad, que le ganaba los corazones de la gente sencilla, a la que fácilmente llevaba al dolor de sus pecados, al amor de Jesucristo y de su cruz, a la devoción a la Virgen, y por ellos a la reforma de la propia vida.

2º Al igual que Elías, «lleno de celo por el Señor de los ejércitos», San Luis María era una personalidad de fuego, que ardía de celo por la gloria de la Sabiduría eterna y encarnada, «no sabiendo otra cosa que Jesucristo, y este crucificado»; y por la salvación de las almas, como lo prueba fehacientemente su «Oración abrasada», en la que el Santo se retrata al vivo a sí mismo.

3º Al igual que Elías, San Luis María predicaba por todas partes sin tener morada estable, yendo de un lugar a otro, adonde lo conducía el espíritu y el celo de la Sabiduría. Fue, como Elías, un hombre a la plena disposición de Dios, sin arraigo en ningún lugar y sin apego a ninguna cosa.

4º Al igual que Elías, San Luis María fue profeta, y profeta de María. Elías fue el padre de la Orden Carmelitana, que dejó establecida después de la célebre visión de la nubecilla que cubría todo el cielo, y que prefiguraba a la Virgen. Con igual mirada del futuro, San Luis María descubrió la voluntad del cielo de que se honre, conozca y ame más que nunca a María, y de la que son testimonio las apariciones de la Virgen en los últimos tiempos, particularmente Fátima, que es la realización de las premoniciones de nuestro Santo: el cielo exige a la Iglesia esa devoción a María de la cual él se hizo tan ferviente apóstol.

Que esta breve semblanza de San Luis María nos sirva de estímulo para una vida cristiana más generosa, esto es, más fiel en la oración, más libre de toda concesión y mentalidad mundanas, más mortificada y desprendida de los bienes terrenos, y sobre todo más entregada al amor de Nuestro Señor Jesucristo a través de una tiernísima devoción a la Santísima Virgen.